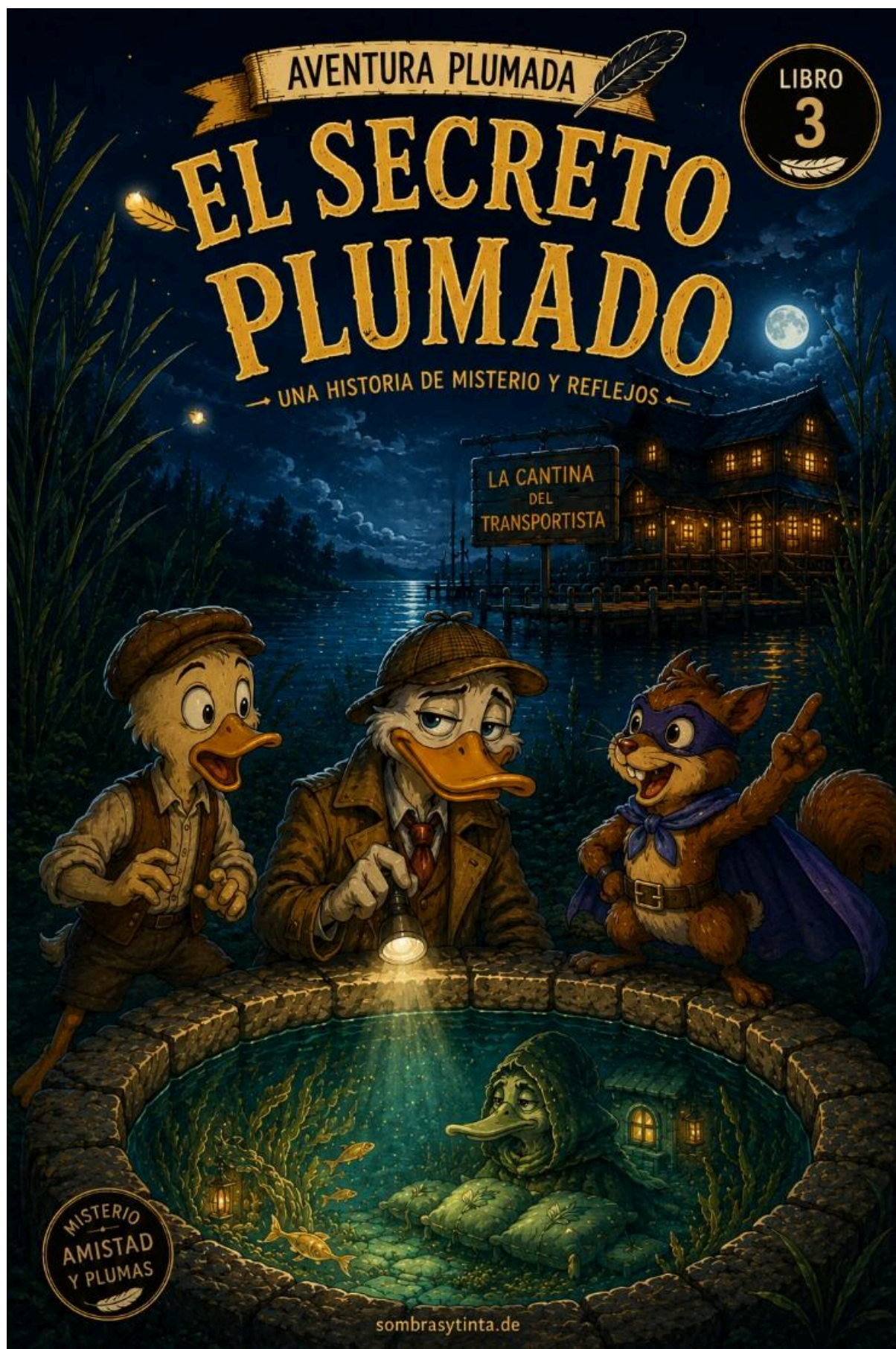




Capítulo 1

Cuando faltó una pluma

“Un detective sin sospechas es como un pato sin plumas: se muere de frío ante la primera verdad.” —Patricio Pato

La lluvia golpeaba el techo de **La Cantina del Transportista** como si alguien estuviera arrojando puñados de lentejas mojadas desde el cielo.

El lugar olía a sopa caliente, madera húmeda y plumaje cansado.

Sobre las vigas colgaban pretzels endurecidos como trofeos de guerra, pequeñas lámparas hechas con frascos de luciérnagas y carteles escritos a mano:

“El que no arriesga un ala, no cruza el lago.”

Y otro, apenas torcido:

“La comida aquí es mala, pero la compañía es peor.”

—¡Eso lo escribió un cisne! —gruñó el cantinero desde la cocina—. ¡Y encima dejó mala propina!

Las mesas estaban llenas de patos cargueros, ocas viajeras y ardillas mensajeras empapadas. Algunos jugaban cartas usando tapas de bellota. Otros discutían sobre rutas acuáticas mientras sorbían bebida de algas fermentadas con cara de arrepentimiento.

En una esquina, junto a una ventana empañada, estaba **Patricio Pato**, transportista certificado de ardillas y ocasional narrador de historias que hielan la cola.

Viejo. Plumaje algo desordenado. Bufanda gruesa. Pico ancho. Ojos de quien había visto demasiadas tormentas, pero aun desconfiaba del sol.

Frente a él había:

- un plato de sopa de mosquitos,
- medio pretzel relleno de pez,
- y una taza de agua caliente sabor cebolla (larga historia) .

A su alrededor se habían reunido cuatro patos jóvenes y dos ardillas mensajeras.

Una de las ardillas levantó la mano.

—Don Patricio... ¿es cierto que usted conoció a Pío Pato?

Patricio dejó lentamente la cuchara.

Miró la lluvia.

Luego a los chicos.

Y sonrió apenas.

—Conocí muchas cosas raras en mi vida. Pero pocas tan raras como ese pato.

Los jóvenes se acomodaron enseguida.

Una de las ardillas sacó un cuadernito.

—¿Otra historia de desapariciones? —preguntó emocionada.

Acomodó sus plumas, sorbió su taza de agua caliente sabor cebolla y asentó.

—No.

Esta vez... es una historia sobre un secreto.

El viento golpeó la cantina.

Una cuchara cayó en alguna mesa.

Y entonces comenzó.

La oficina de policía del puerto olía a humedad, tinta vieja y desesperación.

Gerardo Ganso estaba revisando papeles con una cara tan cansada que parecía haber peleado contra veinte cisnes y perdido contra diecinueve.

—Otro robo de sardinas —gruñó.

—¿Armado? —preguntó Pío Pato.

—Con cucharas.

—Profesionales.

Paco Pato asintió con gravedad.

—Una cuchareishon criminal.

Pío cerró los ojos lentamente.

—Paco, cada vez que inventas una palabra, un pato maestro abandona la enseñanza.

—Eso es discriminación linguistication.

Gerardo golpeó la mesa.

—¡Silencio! Tenemos un caso serio.

La puerta se abrió de golpe.

Entró una pata de plumaje pardo oscuro, elegante pero áspera de mirada. Detrás venía otra pata real con espejuelos azules brillantes y cara de aburrimiento profesional.

—Mi hijastra desapareció —dijo la viuda.

Pío levantó una ceja.

—¿Nombre?

—Ramona Real.

—El de su hija.

—Ah. Plumita. Hijastra.

Pío tomó nota.

—¿Hace cuánto?

—Dos días.

—¿Y recién ahora viene?

Ramona parpadeó.

—Pensé que volvería. Y hoy vine a primera hora.

Pío miró a Paco.

—Anota eso.

Paco abrió una libreta.

—"Sospechation maternal".

La hija bostezó.

—¿Ya terminamos?



Pío la observó.

—¿Y usted es...?

—Renata Real.

—¿La hermana?

—La verdadera hija.

Silencio.

Gerardo tosió incómodo.

Pío sonrió apenas.

—Ajá.

Ramona comenzó a explicar que Plumita todas las mañanas ayudaba en la casa.

—Siempre trabajando —dijo con falsa tristeza—. Era tan obediente.

—¿Y usted la quería mucho? —preguntó Pío.

—Claro.

—¿Más que a su hija?

Ramona quedó congelada.

Renata soltó una risita.

—Ni ella se creyó eso.

Pío tomó el sombrero.

—Vamos a la zona donde vive la desaparecida.

—¿Ahora? —preguntó Paco.

—No. El próximo año.

—Ah.

Salieron. Navegaron al lado sur del lago, a la Aldea del Juncal.

La Aldea apestaba a humedad y a mentira. Eso pensó el detective Pío Pato mientras sus patas se hundían en el barro de la orilla norte. El Lago Espejo se extendía detrás

de él, gris y espeso como sopa de alga. Delante, un puñado de chozas de caña y musgo se encogían bajo un cielo sin pájaros.

—Jefe, esto huele a... a... —Paco Pato inspiró hondo—. ¡A peligro ambiente! ¡Leishon!

—Huele a humedad, Paco. Como todo el lago. No le busques poesía.

Caminaron hacia la choza más grande, la única con un cartel que decía "Servicio Postal" escrito con carbón sobre una tabla. Pío llamó con el ala. La puerta se abrió con un chirrido.

Adentro, un pato viejo, tenía bufanda tejida y cara de haber visto muchas primaveras. Estaba sentado frente a la ventana tan grande que más parecía un mostrador. Desde allí observaba el ir y venir de todo el vecindario con la misma dedicación que un científico estudia los hábitos migratorios de las libélulas.

—¡Pío Pato! ¡El detective de moda! ¡Pase, pase!

—¿Nombre y apellido? —preguntó **Pío Pato**, acomodándose el sombrero.

El pato frente a él soltó un suspiro dramático.— Placido Pato

—Anoté eso, Paco.

—Anotación realizada.

Pío ignoró eso.

—¿Quiere un poco de pan con chispas de hormigas? ¿Un traguito de agua con miel? ¿Un chisme calentito recién salido del horno?— preguntó Placido.

—Solo información, don Placido. ¿Conoce a Plumita, la hijastra de Ramona Real?

Los ojillos negros del pato chispearon.

—¡Claro que la conozco! Buena pata, esa Plumita. Trabajadora, callada, siempre con su cubo y su hilo de lana. Pobrecilla... desde que desapareció, no ha dejado de nevar.

Pío y Paco se miraron.

—¿De nevar? —preguntó Pío, arqueando una ceja—. Estamos en primavera.

—¡Lo sé, lo sé! Y sin embargo... ahí fuera, mire. Las montañas están blancas como la cabeza de un pato viejo. Dicen que es la Madre Cerceta, uf, ¿Usted cree en brujerías? Por que desde que Plumita desapareció... nieva a mares.

—¿En magia negra Patuna? —Paco se rascó la nuca—. ¡Claro que sí!

Don Placido bajó la voz y se acercó tanto que su pico casi rozó el oído de Pío.

—Los mitos, detective, no nacen de la nada. Aquí hay un pozo y ahí hay algo. Algo antiguo.

—Interesante folclore. Pero yo trabajo con hechos, no con cuentos. ¿Cómo trataba la madrastra a Plumita?

—¡Fatal! La hacía levantarse al alba, acarrear agua, limpiar los suelos, desplumar los nabos... mientras su propia hija, Renata, se rascaba la barriga de sol a sol. Renata es una Pata Real de espejuelo azul que brilla tanto como brilla su pequeño cerebro. Digamos que si la inteligencia fuera agua, Renata llevaría sed desde que salió del huevo.

Paco tomó nota con aplicación:

Sujeto Renata: coeficiente intelectual bajísimo. Posible sequía cerebral.

—¿Y usted cree que la madrastra pudo hacerle algo a Plumita? —preguntó Pío.

Don Placido miró a ambos lados, aunque estaban solos en su propia casa, y susurró:

—Yo creo que la viuda le hizo algo. Pero si me preguntan a mí... no tengo pruebas pero tampoco dudas. O la hija.

—¿Renata? ¿Por qué?

—Porque la codicia, detective, es como una mala hierba. También conozco muchas vecinas que sacan su basura en días incorrectos a veces y el sacerdote del pueblo también, a veces toca una campanada de más.

Patricio Pato estiró el ala y atrapó otro pretzel del techo. Lo partió en dos con un crujido seco y ofreció la mitad a la ardilla que tenía más cerca.

—Fue entonces cuando Pío decidió visitar la casa de las Reales. Y propuso usar una de sus brillantes técnicas de interrogación.

—¿Qué técnica era? —preguntó un patito.

—Policía bueno, policía malo. Solo que Paco no acababa de entender quién era quién. Y eso que Pío se lo había explicado tres veces. Pero sigamos, que esto se pone jugoso.

Capítulo 2

Técnicas de interrogación fallidas

“El que busca la verdad debe estar preparado para encontrar un par de mentiras bien peinadas.” —Patricio Pato

La lluvia no había parado.

En **La Cantina del Transportista**, las ventanas estaban completamente empañadas y alguien discutía cerca de la barra porque había encontrado una espina de pescado dentro del pastel de bellota.

—¡Eso es el relleno! —gritó el cocinero.

Patricio Pato bebió un sorbo de su sopa de mosquitos.

Y continuó.

La mañana siguiente amaneció gris.

No gris “nublado”.

Gris “el bosque sabe algo”.

Las calles de la Aldea del Juncal estaban cubiertas de nieve, algo extraño en esa época del año. Los más pequeños estaban jugando en la nieve, los padres mirándose de reojo.

Pío caminaba con las alas detrás de la espalda.

Paco adelante cargaba:

- una libreta,
- una linterna,
- un pan con algas,
- y una pala pequeña.

—Paco.

—¿Sí, jefe?

—¿Por qué llevás una pala?

—Por protocolo por si hay que caveishon..

—La compraste recién, ¿no?

—Sí. Tenía descuento.

Pío suspiró.

La casa de Ramona Real estaba junto al borde del lago.

Era grande, elegante y tan fría por dentro que uno podía congelarse antes de sentarse.

Ramona Real los recibió con una sonrisa tan tensa como la cuerda de un arpa.

—Detective Pío... no esperaba volver a verle tan pronto.

—La desaparición de una patita no es algo que pueda esperar, señora. ¿Podemos pasar?

Renata estaba tirada sobre un sofá comiendo semillas caramelizadas.

—¿Siempre trabaja tanto usted señorita? —preguntó Pío.

—¿Quién?

—Usted.

Paco soltó una carcajada.

Renata le arrojó una semilla.

Pío caminó lentamente por la cocina.

Había platos recién lavados.

Ropa mojada.

Y un solo par de botas embarradas.

—Curioso —murmuró.

Ramona cruzó las alas.

—¿Qué tiene de curioso?

—Que la hija trabajadora desaparezca y la casa no esté desordenada.

Renata habló sin mirar:

—Porque yo no pienso vivir en un chiquero.

—Eso ya quedó claro.

Pío se sentó frente a Ramona. — Señora... —empezó.

—¡Ramona Real! ¡Y no soy “señora” a secas! ¡Tengo apellido!

Bueno, señora Real —dijo el detective—, voy a ser bueno con usted. Porque creo que en el fondo no es mala. Solo cometió un error.

—¿Un error? —repitió Ramona.

—Demorar en reportar la desaparición de Plumita fue un error. Pero puede enmendarlo. Cuénteme dónde estuvo la noche que desapareció su hijastra.

Ramona se tensó.

—Ya le conté. Estaba en mi casa. Durmiendo.

—¿Y Renata puede confirmarlo?

—Renata nunca se fija en nada.

—Entonces... no tiene coartada.

Ramona abrió el pico para responder, pero Pío la interrumpió.

—Mire —dijo, con voz amable—, yo quiero ayudarla. Si usted me dice la verdad, podremos resolver esto. Si no... tendré que dejar que mi compañero hable con usted.

—¿Su compañero? ¿Ese pato que habla raro?

—Ese mismo. Y créame, no es simpático, es bien malo.

Pío se levantó, salió de la habitación y cerró la puerta. Un momento después, la puerta se volvió a abrir. Entró Paco.

—Hola, soy Paco Pato —dijo, intentando poner cara de pocos amigos. Pero su cara de pocos amigos parecía más bien la de un pato que ha visto un fantasma—. Voy a hacerte unas preguntas duras. Muy duras.

—Ya me imaginaba —dijo Ramona, aburrida.

—¡No te imaginas lo dura que va a ser esta interrogación! —Paco golpeó la mesa con el ala. La jarra de agua tibia saltó—. ¡Así que prepárate para... para... la interro... la interrogation!

—Ya me dijo su compañero que vendría malhumorado —contestó Ramona, sin inmutarse—. Y me dijo también que era malo. ¡No hacía falta que lo demostrara con tanta vehemencia! Voy a contar todo.

Paco se quedó helado.

—¿El jefe le dijo que soy malo? ¿Y malhumorado?

—Con esas palabras. Y que no iba a ser simpático.

—¡No es verdad! —gritó Paco—. ¡Yo no soy malo! ¡Yo soy... soy...!

—¿Malhumorado? —completó Ramona.

—¡Tampoco!

Paco se dio vuelta, abrió la puerta de un manotazo y gritó al pasillo:

—¡JEFE! ¡¿USTED LE DIJO QUE SOY MALO Y MALHUMORADO?!

La voz de Pío llegó, impasible:

—Era por el papel, Paco. La rutina del policía bueno y el policía malo. ¿Recuerdas que lo hablamos?

—¡No se debe hablar a espaldas de alguien! ¡Pensé que éramos amigos! ¿Y si esto daña mi reputación? ¿Y si el alcalde Cisne se entera? ¡Me hará una ficha de pato peligroso!

—Paco, volvé a la sala. El interrogatorio no terminó.

—¡NO VUELVO NI LLOREISHON! ¡INTERROGALA VOS! Si quieres....

Pío se frotó su rostro, entró a la cocina y continuó.

—¿Plumita tenía amigos?

—No.

—¿Enemigos?

Ramona dudó.

—No.

—¿Secretos?

Silencio.

Pío la observó fijamente.

—Anota eso, Paco.

—"Silenciación sospechosa".

—Señora Real —dijo Pío—. Cuénteme qué hacía Plumita la última vez que la vio.

Ramona Real se erizó las plumas del cuello.

—Mi hijastra, Plumita, hace de todo aquí, limpia, iba al pozo todas las mañanas a buscar agua, en las tardes hace compras, y en la noche saca la basura, porque yo no iba a hacer ese trabajo, yo trabajo todo el día en mi oficina. ¿Y qué creen? Cuando yo llego, llego cansada, así que me entré a dormir, en la mañana recién me di cuenta.

—¿El pozo? —Pío anotó—. ¿Dónde queda?

—Al norte, pasando los juncos negros.

—¿Y usted no fue a buscarla?

—¡Yo tengo mis cosas! Además, tengo otra hija, Renata.

Pío entrecerró los ojos.

—Anote, Paco: "Madrastra no se da tiempo para su hijastra. No muestra preocupación genuina".

—Anotación completada, jefe —dijo Paco, escribiendo con el lápiz mordido.

—No me gusta su tono, detective —gruñó Ramona.

—Y a mí no me gusta su actitud, señora. Pero aquí estamos.

Salieron de la casa al atardecer.

Paco seguía ofendido.

—No me gustó nada eso de policía malo.

—Pero funcionó Paco, disculpame, solo era actuación.

—Pero ahora creen que soy agresivo.

—Lo eres.

—¡Eso fue una vez y el ganso me provocó!

Cuando de repente, una sombra cayó desde un árbol.

—¡AAAH!

Los dos gritaron.

Una figura oscura aterrizó en la nieve haciendo una pose exagerada.

Capa morada.

Máscara torcida.

Cola peluda.

—El héroe ha llegado —declaró solemnemente Abelardo Ardilla.

Paco se abrazó a Pío.

—¡Monstruo de la nocheison!

—Es nuestra amiga ardilla. —exclamó Pío.

Abelardo señaló dramáticamente el horizonte.

—La ciudad duerme ignorante... mientras el mal camina entre los copos de nieve.

—Hola, Abelardo —dijo Pío.

—El héroe percibe sarcasmo en el detective.

—Porque hay sarcasmo.

Abelardo comenzó a caminar alrededor de ellos narrando cada movimiento.

—La Ardilla Alada observa las huellas... analiza el viento... siente el llamado del misterio...

Se estampó contra un árbol.

—...y calcula mal las distancias.

Paco lo ayudó a levantarse.

—¿Qué haces aquí?

Abelardo bajó la voz. —El héroe investiga la leyenda del pozo.



Pío dejó de sonreír. —¿Qué sabes?

Abelardo miró hacia el bosque.

Por primera vez parecía serio.

—Anoche vi algo junto al agua.

—¿Qué?

—Una silueta.

El viento sopló más fuerte.

—¿Alguien encapuchado? —preguntó Pío.

Abelardo asintió lentamente. —Y escuché una voz.

Paco tragó saliva.

—No me gusta esta situación.

—¿Qué decía la voz? —preguntó Pío.

Abelardo miró la nieve.

—Decía... “el reflejo siempre devuelve lo que recibe”.

Hubo silencio.

Incluso Paco dejó de hablar.

Y eso era preocupante.

Entonces Abelardo levantó un dedo heroicamente.

—Por eso el héroe propone una misión nocturna.

Pío suspiró.

—Claro que propones una misión nocturna.

—El héroe ya preparó provisiones.

Sacó una bolsa llena de nueces y una cuerda absurdamente corta.

Pío observó la cuerda.

—Eso no alcanza ni para bajar un pato bebé.

—El héroe cree en la improvisación.

—Eso explica muchas cosas.

Abelardo señaló dramáticamente el bosque.

—Esta noche... iremos al pozo.

En la cantina, uno de los patos jóvenes estaba completamente inmóvil.

—¿De verdad fueron de noche?

—Claro —dije—. Porque en toda historia inteligente, los protagonistas toman decisiones pésimas después del atardecer.

De repente, un relámpago iluminó los frascos de luciérnagas. La tormenta se acercaba.

La ardilla mensajera tragó saliva.

—¿Y la criatura del pozo?

Le di otro sorbo a mi agua caliente sabor cebolla.

—Ah... a ella la quieren encontrar.

La lluvia golpeó los vidrios.

Y afuera, por un instante...

algo pareció moverse junto al Lago Espejo.

Capítulo 3

Vuelo nocturno

“El miedo no vuela, pero el que tiene miedo sí.” —Patricio Pato

Patricio Pato dejó el pretzel a un lado y se limpió las manos en el mantel. Los jóvenes patos y las ardillas estaban tan callados que se oían los crujidos de la madera vieja de la cantina.

—Llegó la hora de la acción —dijo Patricio, bajando la voz—. Y crean me, lo que pasó esa noche haría temblar las plumas de un ganso.

—¡Qué miedo! —dijo la pata joven.

—Miedo y diversión, todo junto. Como montar en patineta sobre un lago congelado. Pero sin patineta. Y sin lago. Bueno, sí había lago. Pero empecemos.

La noche era más negra que el betún de los zapatos del alcalde. Pío, Paco y Abelardo caminaban hacia el pozo, con el viento silbándoles entre las plumas y las alas. La luna se escondía detrás de una nube gorda, como si no quisiera ver lo que iba a pasar.

—Jefe, ¿está seguro de salir de noche? —preguntó Paco, con la linterna temblorosa—. Hace un frío que pela.

—Paco, si no venimos, no investigamos. Y si no investigamos, no encontraremos a Plumita.

Abelardo iba delante, en cuclillas, moviendo la cabeza de un lado a otro como un radar.

—El héroe detecta movimiento en el perímetro —narraba en voz baja—. Sus oídos de ardilla captan un movimiento. Hay alguien... o algo... acechando.

—¿Siempre narras todo? —preguntó Pío.

—Es parte de mi entrenamiento secreto.

—¿Entrenamiento de qué?

—De narrador de misiones. Si no narro, no existe.

Llegaron al pozo. El pozo era una construcción de piedra musgosa, redondo, agua negra quieta. Pero había algo diferente. En el suelo, alrededor del pozo, no había huellas. Ninguna. Ni de patas, ni de alas, ni de nada.

—Mira esto, jefe —dijo Paco, apuntando con la linterna—. No hay marcas. Si Plumita se hubiera caído, tendría que haber dejado señales en la tierra.

Pío se agachó. Pasó el ala por el borde del brocal. La piedra estaba limpia.

—Tienes razón —dijo—. No hay rasguños, no hay plumas, no hay nada. Parece que nadie ha estado aquí en días.

—¿Entonces Plumita no cayó al pozo? —preguntó Abelardo.

—Parece que no. O si cayó, alguien borró las huellas.

—¿Quién iba a borrar huellas de un pozo encantado? —Paco miró alrededor, asustado.

—Eso es lo que vamos a averiguar.

Pío se acercó al borde. El agua estaba oscura, sin reflejos. De repente, un ruido. Un aleteo. Algo cayó desde lo alto.

—¡Agáchate! —gritó Abelardo.

Una sombra blanca y gris pasó rozando las cabezas de los tres. Paco cayó de espaldas al suelo. Pío se tiró al costado. Abelardo hizo una voltereta y cayó de cola.

—¡Ataque aéreo! —gritó la ardilla—. ¡El héroe está bajo fuego!

La sombra se posó en la piedra más alta. Era una gaviota. Pequeña, con una mancha negra en la cabeza que parecía una capucha. Tenía los ojos brillantes y el pico afilado como un punzón.

—¿Quién se atreve a venir al pozo?
—canturreó con voz estridente—. ¿Quién osa perturbar la quietud del agua?

Pío se levantó, sacudiéndose el polvo.

—Soy el detective Pío Pato. Estoy investigando una desaparición. Usted, ¿quién es?

—La gaviota respondió, inclinando la cabeza—. La que vuela, la que vigila, la



que picotea si hace falta. ¡Kreii! —lanzó un graznido que rebotó en los árboles.

Paco se tapó los oídos.

—¡Mi tímpano! ¡Eso es violencia acústica!

—¡Ji ji ji! —rió Gisela—. La violencia acústica es mi especialidad. Ahora, váyanse o probarán mi pico.

La gaviota se lanzó en picado. Esta vez fue directo a Paco. Él gritó y rodó por el suelo. El picotazo alcanzó su linterna, que salió volando y se apagó contra una piedra.

—¡Mi linterna! ¡Ahora no veremos nada!

—¡Paco, quieto! —ordenó Pío—. Abelardo, distráela.

—¡Recibido! —gritó la ardilla—. ¡Ataque giratorio de la Ardilla Alada!

Abelardo saltó hacia ella con los brazos abiertos. La gaviota lo esquivó con un giro imposible y le picoteó la capa. La ardilla cayó de espaldas.

—¡Mi capa tiene un agujero heroico! —gimió.

La gaviota aterrizó sobre el borde del pozo.

—¡Kreii! ¡Fuera del pozo! ¡Ji ji ji!

Pío se levantó embarrado.

—Escucha, ave desquiciada, estamos investigando.

—¡Investigadores molestos! ¡Narices largas! ¡Picos metidos donde no deben!

Paco recibió otro picotazo.

—¡Audio agresión!

—¡Defiéndete!

—¡Estoy emocionalmente ocupado!

Gisela volvió a lanzarse. Esta vez, los tres se separaron. Pío a la izquierda, Paco a la derecha, Abelardo por el centro.

—¡Trabajo en equipo! —gritó la ardilla—. ¡Rodeen a la bestia alada!

Paco, con más valor que coordinación, saltó hacia la gaviota con la linterna rota en el ala. No le pegó, pero la distrajo. Gisela giró hacia él. En ese momento, Abelardo saltó por detrás y le agarró una pata.

—¡La tengo! —gritó.

Pero Gisela era más fuerte de lo que parecía. Sacudió el ala y la ardilla salió volando hacia un arbusto.

—¡Caída heroica! —se oyó desde las hojas.

Pío se acercó sigilosamente. Cuando Gisela se dio vuelta, estaba a dos pasos.

Pío agarró la cubeta del pozo.

Paco encendió la linterna directo hacia los ojos de la gaviota.

Y Abelardo saltó desde el tronco de un árbol gritando:

—¡El héroe ejecuta la maniobra del roedor volador!

La gaviota esquivó a Abelardo de nuevo.

Pero no vio venir la cubeta.

¡Paf!

Cayó atrapada sobre el suelo.

—¡Ji ji ji! ¡Trampa injusta! ¡Abuso de plumaje!

Pío se acercó jadeando.

—¿Quién eres?

La gaviota infló las plumas.

—Gisela Gaviota. Guardiana del pozo.

—¿Guardiana de qué?

Y por primera vez dejó de reír.

—Del reflejo.

El viento sopló entre los juncos.

Paco tragó saliva.

—Eso sonó muy sobrenaturaleishon.

Pío se arrodilló frente a ella.

—¿Qué hay ahí abajo?

Gisela inclinó lentamente la cabeza.

—Un mundo que no es de arriba.

Silencio.

—¿Quién vive ahí?

La gaviota sonrió.

—La que sacude la nieve.

Abelardo abrió enormes los ojos.

—¡La Madre Cerceta!

Gisela soltó una risa estridente.

—¡Ji ji ji! Algunos nombres no deberían graznarse tan fuerte.

Pío endureció la mirada.

—¿Y Plumita?

La gaviota dejó de moverse.

Después soltó otra carcajada.

—¡No sé de qué pato hablan!

Y de repente sacó su pico de la cubeta y mordió la ala de Pío.

Se hizo espacio.

Un forcejeo.

Y salió disparada hacia el cielo.

—¡Eh! —gritó Paco.

Pío corrió tras ella.

—¡Deténganla!

Abelardo saltó heroicamente sobre una roca.

Y resbaló heroicamente hacia el agua.

Gisela voló entre los árboles riéndose.

—¡Kreiii! ¡Nunca atraparán al reflejo! ¡Ji ji ji!

Pío se detuvo jadeando.

Miró el cielo vacío.

Y luego el pozo.

—Esa ave es mi sospechosa.

Paco respiraba agitado.

—Muy misterioseishon para ser guardiana.

Abelardo salió empapado de los juncos. —El héroe confirma que el barro estaba sorprendentemente frío.

Pío se detuvo, respirando hondo. Miró hacia el pozo, a lo lejos.

—Al menos sabemos una cosa —dijo—. No hay señales de Plumita aquí. El pozo está limpio. Las piedras no tienen marcas.

—¿Entonces dónde está? —preguntó Paco.

—No lo sé. Pero la madrastra mintió. Y esa gaviota sabe más de lo que dice. Solo que por ahora, es más rápida que nosotros.

—¿Y la Madre Cerceta? —preguntó Abelardo—. ¿Eso existe?

Pío guardó silencio.

—No creo en leyendas —dijo al fin—. Pero cuando vea pruebas, creeré. Ahora, volvamos a la aldea. Algo no encaja y voy a descubrir qué.

Los tres emprendieron el regreso. A lo lejos, la risa de Gisela Gaviota flotó en el viento.

¡Ji ji ji!

Paco se estremeció.

—Odio a las gaviotas. Son como los mosquitos, pero con pico.

Patricio Pato levantó su jarra y sonrió a sus oyentes.

—Y así, mis jóvenes amigos, Pío se quedó sin pistas y con una gaviota enemiga. Pero lo peor aún no había llegado. Porque al volver a la aldea, se encontró con algo que le heló la sangre.

—¿Qué? —preguntaron todos.

—Eso lo contaré después de que termine este pretzel relleno. Que narrar da hambre.

El camarero trajo otra ronda de bebida de algas. Los jóvenes se impacientaron.

—¡Pero Patricio, no puede dejarnos así!

—Puedo y lo hago —dijo, mordiendo el pretzel—. Es mi estilo. Vuelvan después. Y traigan más nueces.

La cantina se llenó de suspiros. Pero los ojos de los jóvenes brillaban. Sabían que la historia apenas empezaba.



Capítulo 4

Toda pluma tiene dos lados

“Las apariencias vuelan más rápido que la verdad.” - Patricio Pato.

La cantina estaba más llena que nunca. Hasta el camarero había dejado de limpiar jarras para escuchar. Patricio Pato levantó su ala y pidió otro pretzel para acompañar su sopa que se estaba enfriando y suspiró.

—¿Así que no encontraron a Plumita? —preguntó la ardilla nerviosa.

—No —respondió Patricio—. Pero al volver a la aldea, Pío estaba más convencido que nunca de que esto no tenía nada de magia.

Llevaban dos días buscando a Gisela Gaviota. Dos días largos, húmedos y absurdamente improductivos.

Pío Pato había peinado cada junco, cada muelle, cada tejado de la Aldea del Juncal. Había interrogado a pescadores que no pescaban nada, a panaderos que no horneaban nada y a un viejo ganso jubilado que no recordaba nada. Nadie había visto a la gaviota de la capucha negra. Nadie la había oído reír. Ni un solo “ji ji ji” en cuarenta y ocho horas.

—Se ha evaporado —suspiró Pío, apoyado en un poste del embarcadero, con el sombrero echado hacia atrás y el gesto de quien ha perdido una guerra sin saber siquiera contra quién luchaba.

—Quizás migró, jefe —aventuró Paco, que venía detrás con su libreta de apuntes en la mano y su pala como espada amarrada en su cintura—. Las gaviotas migran. Lo leí en un folleto.

—Las gaviotas migran en otoño, Paco. Estamos en primavera.

—Migración prematura. Cambio climátication. Eso también lo leí.

—¿En el mismo folleto?

—No, en una historieta.

Pío cerró los ojos. Paco tenía ese efecto en él: una mezcla de exasperación y ternura que le producía un cansancio muy específico, como si hubiera corrido una maratón sin moverse del sitio.

—Vamos a ver a Abelardo —dijo al fin—. Lo dejamos vigilando la casa de las Reales hace dos días y no ha dado señales. O ha descubierto algo o se ha quedado dormido en una rama.

—¿O las dos cosas, jefe?

—O las dos cosas. Es un héroe polivalente.

Llegaron a la Aldea del Juncal. La nieve seguía cayendo en copos gruesos y perezosos, como si el cielo se estuviera deshaciendo en migas de pan. Las montañas estaban blancas hasta la cintura y los patos del pueblo caminaban encogidos, con bufandas improvisadas y caras de no entender nada.

—Primavera —gruñó una oca al pasar—. Eso dicen. Primavera. Miren mis plumas. Tengo las plumas entumidas.

—Lo siento, señora —dijo Pío, y siguió caminando.

Abelardo estaba en una rama alta, con su capa rota ondeando al viento. Tenía una lupa en una mano y un termo de nueces en la otra.

—El héroe saluda a los recién llegados —susurró sin bajar—. Sus días de vigía han sido largos. Sus noches, más largas. Su termo, vacío.

—¿Viste algo? —preguntó Pío.

—Todo normal. La madrastra sale y entra. Va al mercado, vuelve al mercado, va otra vez al mercado. Compra muchas semillas. Demasiadas semillas. El héroe sospecha que las semillas son un código secreto.

—O tal vez le gustan las semillas —dijo Paco.

—El héroe no cree en coincidencias.

Pío subió a la rama de un salto y miró hacia la choza de Ramona Real. Estaba cerrada. No se veía movimiento.

—Abelardo —dijo Pío lentamente—, ¿has visto a la hija en estos dos días?

Abelardo se rascó la cabeza.

—El héroe... no ha visto a la hija. Desde que empezó la vigía.

Pío bajó la mirada. Algo no encajaba.

—¿Cuánto hace que no la ves?

—Dos días. Tal vez tres. El héroe perdió la cuenta después de la cuarta siesta heroica.

—Paco —dijo Pío—. Anota: “Renata Real no aparece desde hace al menos dos días”.

Pío se quedó callado, se apartó del árbol y empezó a caminar hacia la casa. Sus patas se hundían en la nieve con un crujido seco. Las piezas, que durante días habían estado flotando en su cabeza como plumas sueltas, empezaron a juntarse. Formaron una figura. Una figura incómoda.

—Cambio de hipótesis —anunció.

—¿Cambiamos? —Paco casi tropezó con su pala—. ¿Y la gaviota?

—La gaviota puede esperar. Ahora mismo, la que me preocupa es la pata que no está.

—¿Y si Renata le hizo algo a Plumita? —soltó Paco—. ¿Y si la madre la está encubriendo? ¡Sería un caso de encubriminteichón familiar!

—O peor —añadió Abelardo desde su rama—. ¿Y si la señora Real perdió la cabeza y...? —Se pasó una pata por el cuello en un gesto que quería ser siniestro pero que, viniendo de una ardilla con capa de cortina, resultaba más bien adorable.

—No nos adelantemos —dijo Pío—. Primero, entramos. Segundo, preguntamos. Tercero, vemos qué pasa. Y cuarto...

—¿Cuarto? —preguntó Paco.

—Cuarto, si hace falta, usamos la pala.

—¡Eso! ¡Confía en la pala!

—No he dicho que confíe en la pala. He dicho que si hace falta, la usamos. Que es distinto.

Llamaron a la puerta. Nadie respondió.

Pío llamó otra vez. Silencio.

—Señora Real, soy el detective Pío Pato. Abra o la abro yo.

Un rumor de plumas al otro lado. Luego, la voz de Ramona, tensa y demasiado aguda:

—¿Qué quiere ahora? ¡Ya le dije todo lo que sé!

—Ábrame y se lo explico. O no me abra y se lo explico igual, pero con la puerta en el suelo.

La puerta se abrió. Ramona Real estaba en el umbral, con el plumaje erizado y los ojos más abiertos de lo normal. Detrás de ella, la casa ya no estaba igual: cortinas de terciopelo, muebles polvorientos, platos sin lavar.

—Buenos días, señora Real. ¿Está su hija?

—¿Mi hija? —Ramona parpadeó, como si la palabra le resultara ajena—. ¿Cuál de ellas?

—Renata. La que no trabaja, la que no se mueve del sofá, la que come semillas caramelizadas. Esa.

—Ah. Renata. —La viuda se alisó las plumas del pecho con nerviosismo—. No está.

—¿Dónde está?

—En... en el norte. Visitando a una tía. Una tía enferma. Del ala. Muy enferma.

Paco anotó:

“Cobertura sospechation: tía enferma, norte, ala. Excesivamente específica. Indicio clásico.”

—Señora Real —dijo Pío con toda la calma del lago en verano—, el primer día que vine aquí, su hija no se había movido de ese sofá en tres años. Me lo dijo usted. Literalmente. ¿Y ahora quiere hacerme creer que ha viajado al norte por voluntad propia?

—¡La gente cambia, detective! ¡Renata ha madurado!

—Como un aguacate en una ventana al sol, sí. ¿Puedo pasar?

—No.

—Era una pregunta retórica. Ya estoy pasando.

Pío entró. Paco entró detrás. Abelardo, que había bajado del árbol, entró detrás de Paco haciendo una voltereta que nadie le había pedido.

La casa olía a polvo y a algo más. Algo que Pío no identificó de inmediato: una mezcla de encierro, de miedo y de un perfume barato que Ramona se echaba a puñados para disimularlo todo.

—Renata no está en el norte —dijo Pío, mientras recorría el salón con la mirada—. Ni en el este, ni en el sur, ni en el oeste. Renata no está. Y usted lo sabe.

—¡Claro que lo sé! ¡Por eso estoy preocupada! —La voz de Ramona subió de tono—. ¡Mi hija no aparece, detective! ¡Lleva dos días sin volver! ¡Igual que Plumita! ¡Van a desaparecer todas las patas de esta casa y usted ahí, persiguiendo gaviotas!

—¿Dos días? —Pío se giró hacia ella—. ¿Y por qué no ha denunciado su desaparición?

—Porque... porque pensé que volvería.

—Como Plumita qué no ha vuelto aún, señora. Lleva muchos más días desaparecida.

El silencio que siguió fue tan espeso que podía cortarse con un cuchillo de cocina. De los que Plumita usaba para pelar nabos.

—Quiero ver el desván —dijo Pío.

—No tengo desván.

—Todas las casas tienen desván.

—El mío está en reformas.

—Enséñamelo.

—No.

—Señora Real, no me obligue a pedírselo a Paco.

Paco dio un paso al frente y golpeó el suelo con el mango de la pala.

—¡Ha llegado la hora de la inspectation profunda!

—Paco, guarda la pala.

—Pero, jefe...

—Es un decir. No hace falta que golpees el suelo.

—Ah. —Paco bajó la pala, algo decepcionado.

Ramona retrocedió hacia la escalera.

—No pueden subir. Es mi casa. Tengo derechos.

—Y yo tengo una investigación. ¿Sabe qué pesa más?

La viuda no respondió. Y entonces, sin previo aviso, echó a correr.

No fue una carrera elegante. Fue un aleteo torpe, un graznido ahogado, un intento desesperado de subir las escaleras antes de que los tres investigadores reaccionaran.

—¡Se escapa! —gritó Abelardo—. ¡La villana huye! ¡La Ardilla Alada se lanza en su persecución!

Y se lanzó. Literalmente. Saltó desde el sofá y se enganchó al chal de Ramona como una lapa con capa.

—¡Suélteme, ardilla loca!

—¡El héroe no suelta! ¡El héroe sujeta! ¡El héroe inmoviliza con técnica de abrazo justiciero!

Paco subió las escaleras tropezando dos veces.

—¡Deténgase en nombre de la ley y del protocolo de detenciones domiciliarias!

—¡Eso no existe! —gritó Pío.

—¡Ahora sí, lo acabo de inventar!

Ramona llegó al rellano, se sacudió a Abelardo (que salió despedido contra una lámpara de porcelana) y corrió hacia una puerta al fondo del pasillo. Pero Pío la alcanzó en tres zancadas y le bloqueó el paso.

—Se acabó, señora Real. No tiene a dónde ir.

La viuda se quedó quieta. Jadeaba. Las plumas le temblaban. Y entonces, con una calma extraña, se dejó caer contra la pared.

—No quería hacerle daño —susurró—. A ninguna. Se lo juro.

—¿Dónde están? —preguntó Pío.

—Yo solo quería que mi hija cambiara. Que dejara de ser tan floja. Tan egoísta. Tan... como es.

—¿Dónde están, señora?

Ramona no respondió. Miró hacia la puerta del fondo, la del desván, y en sus ojos brilló algo que no era maldad. Era vergüenza. Y miedo. Y un amor tan torpe que daba más pena que rabia.

—Paco, abre esa puerta —ordenó Pío.

Paco avanzó hacia la puerta del desván. Levantó la pata para empujarla.

Y entonces, la puerta se abrió sola.

De dentro salió una figura pequeña, de plumaje castaño que brillaba con un resplandor nacarado, suave y limpio como la luna sobre el lago. Los ojos enrojecidos. El pico oscuro tembloroso.

Plumita.

—¡No se la lleven! —gritó, poniéndose delante de su madrastra con las alas extendidas—. ¡No se la lleven, por favor!

Pío se quedó inmóvil. Paco dejó caer la pala, que resonó contra el suelo con un golpe seco. Abelardo, desde la lámpara, abrió la boca sin decir nada, lo cual era probablemente la cosa más extraordinaria que había ocurrido en toda la investigación.

—Plumita... —murmuró Pío—. Estás viva. Estás aquí.

—Estoy aquí —dijo la patita, y las lágrimas le rodaron por las plumas—. Y ella no me hizo daño. Yo me caí al pozo y me quedé con la Madre Cerceta; en un mundo mágico ahí abajo. Cuando salí mi madrastra me encerró, pero no por mala. Me encerró por miedo. Por miedo a que otros vieran mi brillo y dijo que en secreto deberíamos darle una oportunidad a Renata. Y yo... yo la perdoné, ella siempre ha sido buena conmigo.

La viuda se derrumbó en el suelo, abrazada a las patas de su hijastra como si fuera lo único que la sostenía en el mundo.

—Perdón —sollozó—. Perdón, Plumita. Pobre Renata. Perdón.

—Pero Renata... —empezó Paco.

—Renata está en el pozo —dijo Plumita, con una voz tan triste como un invierno sin nieve—. Mi madrastra la empujó. Quería que volviera cambiada, como yo. Pero no ha vuelto. Y si no bajamos a buscarla... quizás no vuelva nunca.



El silencio cayó sobre la casa como una losa de hielo.

Pío se quitó el sombrero lentamente. Miró a la viuda, a la hijastra, a la puerta abierta del desván donde Plumita había estado encerrada todos esos días.

—Señora Real —dijo al fin—. Usted no es la madrastra malvada que todos creían. Pero ha hecho algo terrible. Puso en riesgo a su propia hija. Encerró a su hijastra. Mintió a la ley. Y eso tiene consecuencias.

—Lo sé —gimió Ramona—. Pero si Renata vuelve... aceptaré lo que venga. Lo aceptaré todo.

Pío se quedó un momento en silencio. Luego asintió.

—Paco, sujeta a la señora Real. Pero aun no le pongas las esposas, nos tiene que ayudar.

—¿Y ahora, jefe?

—Ahora... —Pío miró a Plumita, que seguía brillando como un faro en la penumbra—. Vamos al pozo. A rescatar a la que falta. Y a verle la cara a esa tal Madre Cerceta.

—¡Al pozo! —gritó Abelardo, al fin recuperado del golpe—. ¡El héroe ya tiene la cuerda! ¡La compró ayer! ¡De tamaño adecuado esta vez!

—Pues vamos —dijo Pío, acomodándose el sombrero—. Que el reflejo no espera.

Y afuera, la nieve seguía cayendo, blanca e imparable.

En la cantina, Patricio Pato dejó la taza vacía y se limpió el pico con sus plumas del ala.

—Y así fue como Pío descubrió que las madrastras no siempre son las villanas del cuento. A veces son madres que buscan que sus hijos e hijastros tengan el mismo amor y oportunidades. Pero eso no las libra de la culpa. Ni del castigo.

—¿Y bajaron al pozo? —preguntó la ardilla, casi sin aliento.

—Bajaron. Pero eso, pequeños impacientes, es otra historia. Y la dejaremos para más tarde, que mi sopa de moscas está más fría que un invierno en el pico de un pingüino.

Los jóvenes protestaron, rieron, suspiraron. Pero Patricio ya estaba con una cuchara en la boca y mirando la luna reflejada en el Lago Espejo, donde una silueta parecía moverse, apenas un instante, antes de desaparecer.

Capítulo 5

El reino del reflejo

“El reflejo no miente. Pero a veces, el que mira no está preparado para ver.” —Patricio Pato

En la Cantina del Transportista, el fuego de la cocina chisporroteaba como si quisiera participar en la conversación. Las luciérnagas de los frascos se habían quedado casi sin energía, y el camarero roncaba discretamente apoyado en la barra, con un trapo de cocina sobre la cara. Pero nadie se movía. Nadie quería perderse lo que venía.

—Ahora viene la parte más extraña —dijo Patricio Pato, inclinándose hacia adelante—. La parte donde una patita encerrada en un desván se sienta frente a un detective y le cuenta un secreto que llevaba siglos escondido. Y no me refiero solo a lo del pozo. Me refiero a lo que había dentro.

—¿Dentro del pozo o dentro de ella? —preguntó una de las ardillas, que era más lista de lo que parecía.

Patricio sonrió.

—Dentro de las dos. Porque Plumita no solo contó lo que vio. Contó lo que aprendió. Y eso, queridos míos, es más valioso que cien pozos llenos de agua.

Afuera, la nieve había cesado por primera vez en días, pero el silencio era aún más inquietante que la tormenta.

Salieron de la casa de las Reales en un cortejo extraño: primero Abelardo con su capa agujereada, que llevaba a Ramona con las alas atadas con un cordel de tender. Luego Paco, cargando la pala, la linterna, tres trozos de pan con algas y una cantimplora que goteaba. Después Pío y Plumita, caminando en silencio.

La patita castaña ya no brillaba con tanta intensidad. Quizás era el cansancio. Quizás era que el brillo, como todo lo bueno, necesitaba oscuridad de vez en cuando para recargarse.

Se detuvieron junto al viejo sauce, a medio camino entre la casa y el pozo. Las montañas se recortaban blancas contra el cielo gris, y el Lago Espejo estaba tan quieto que parecía un plato de plata.

—Antes de ir —dijo Pío, sentándose en una piedra—, necesito que me cuentes todo. Lo que pasó de verdad. Desde el principio.

Plumita enlazó las alas sobre el regazo. Sus ojos, grandes y oscuros, miraron hacia el pozo como si pudieran atravesar el agua.

—El pozo no es un pozo —empezó—. Quiero decir, sí lo es. Pero cuando caes, deja de serlo.

—Eso no tiene sentido —dijo Paco.

—Déjala hablar —dijo Pío.

Plumita contó todo. Su voz era suave, pero tenía el ritmo de un cuento muy antiguo, de esos que se narraban junto al fuego antes de que existieran las linternas.

“Aquella mañana fui al pozo como siempre. Llevaba el cubo atado al hilo de lana roja, el que heredé de mi madre. Hacía frío, pero no nevaba. Me acuerdo porque pensé: qué raro, con este frío debería estar nevando.

El cubo bajó bien. Lo oí golpear el agua. Pero al subir, el hilo se enganchó en una piedra del brocal. Tiré un poco, se tensó... y se rompió. Me asomé para ver si podía recuperarlo. La piedra estaba mojada. Mis patas resbalaron. Y caí.

Paco abrió mucho los ojos. —¿Y te moriste?

—No, pero no caí en agua.

Caí...

en otro lugar.

Cuando desperté, ya no estaba en el pozo. Estaba en un lago invertido: estaba al revés. El agua estaba arriba y el cielo abajo. Y todo brillaba con una luz dorada, como de atardecer eterno. Las algas eran doradas. Las flores brillaban con luz propia.

—¿Un lago... al revés? —preguntó Abelardo, con los ojos como platos.

—Sí. Era como el reflejo del Lago Espejo, pero al otro lado. Caminé por un camino de piedras tornasoladas y encontré un horno de barro. Dentro había un pan, un pan redondo, grande, con una corteza dorada que empezaba a resquebrajarse. El pan me habló.

‘¡Sácame, sácame, que me quemo!’, dijo con una vocecita de miga tostada.

Abrí la puerta del horno. Me quemé las puntas de las alas. Pero el pan salió bien. Me dio las gracias y me dijo: ‘Sigue por el sendero de algas doradas. Te están esperando’.

Más adelante encontré un manzano. Era precioso, cargado de manzanas rojas que brillaban como rubíes. Pero las ramas se doblaban hasta casi romperse. Las manzanas pesaban demasiado.

‘¡Ayúdame, ayúdame, que mis frutos me parten!’, crujieron las hojas.

Lo ayudé.

Sacudí sus ramas y empezaron a caerse las manzanas, hasta que el manzano dejó de quejarse. Me dio tres manzanas y me dijo: ‘Sigue el sendero. Ya falta poco’.

La cabaña apareció al final del camino. Era pequeña, con el tejado de paja y una chimenea que soltaba un humo blanco, muy blanco, que olía a almendras. Y en la puerta estaba una anciana.

Una Pata Cuchara.

—La Madre Cerceta... —susurró Abelardo.

Plumita asintió.

—Ella me esperaba.

Plumita se detuvo. Cerró los ojos un momento, como si estuviera de nuevo en aquel lugar.

—¿Cómo era? —preguntó Abelardo, que se había olvidado de narrarse a sí mismo por primera vez en su vida.

—Vieja. Muy vieja. Las plumas grises como la ceniza, los ojos del color del musgo. Su pico era ancho, como una cuchara sopera. Pero no daba miedo. Daba paz. Como cuando llegas a casa después de un viaje muy largo.

“Me dijo: ‘Has ayudado al pan. Has ayudado al manzano. Eres bienvenida’.

Me ofreció quedarme. Me explicó que cada mañana debía sacudir sus almohadones de plumón. Que al sacudirlos, nevaría en el mundo de arriba. Y que la nieve era importante: hacía dormir la tierra, divertía a los niños y recordaba a los viejos que el frío no dura para siempre.

Acepté. Durante días sacudí almohadones. Eran suaves y olían a lavanda y a algo que no sabría describir. Cada vez que los sacudía, pensaba en mi pueblo, en los patos que patinarían en los charcos helados, en los pequeños que harían bolas de nieve. Y era feliz.”

—¿Y el brillo? —preguntó Pío—. ¿Cómo conseguiste el brillo?

—Cuando pedí volver, la Madre Cerceta me pasó el ala por la cabeza y me dijo: ‘Lleva esto. Es tu bondad hecha visible’. Y desde entonces mis plumas brillan así. No es magia. Es... un reflejo. Un reflejo de lo que hice allí abajo.

Paco se secó una lágrima que le había salido sin permiso.

—Es la cosa más bonita que he oído en mi vida —dijo—. Y he oído muchas. Incluyendo la canción del pretzel que cantaba mi abuela.

—¿Y Renata? —preguntó Pío, bajando la voz—. ¿Qué pasó con Renata?

Plumita suspiró.

—Mi madrastra quería que Renata cambiara. Que fuera menos perezosa. Menos egoísta. Creyó que si la empujaba al pozo, Renata volvería brillante como yo. Pero no entendió lo más importante.

—¿Qué cosa? —preguntó Abelardo.

—Que el brillo no se encuentra. Se gana. Y no sé cómo puede irle a Renata.

Ramona comenzó a llorar. - Yo solo quería lo mejor para ella.

Pío se quedó callado un minuto entero. Luego se puso en pie.

—Pues vamos a buscarla.

—¿A bajar al pozo? —Paco palideció—. ¿En serio?

—En serio.

—¿Ahora?

—Ahora.

—¿Con esta pala?

—Con esa pala, con la cuerda de Abelardo y con todo el valor que puedas meter en ese cuerpo de pluma y pánico, Paco. Porque no vamos a dejar a una pata atrapada en un reino de reflejos. Por muy perezosa que sea.

Se pusieron en marcha. El pozo los esperaba, más silencioso que nunca. La piedra del brocal estaba fría y húmeda, y el hilo de lana roja de Plumita todavía colgaba del borde, meciéndose con un airecillo que no venía de ninguna parte.

Abelardo desenrolló la cuerda nueva con gesto triunfal.

—¡El héroe presenta su equipo de descenso profesional! ¡Cuerda de fibra de sauce trenzada, resistente, elástica y con nudo corredizo de seguridad!

—¿Has probado que aguante? —preguntó Pío.

—El héroe probó con una sandía. La sandía bajó bien.

—¿Y subió?

—...el héroe prefiere no comentar el destino de la sandía.

—Maravilloso.

Pío se ató la cuerda a la cintura. Paco y Abelardo se situaron en el otro extremo, listos para sujetar. Plumita se quedó junto al brocal, con las alas apoyadas en la piedra.

—Ten cuidado —le dijo—. La Madre Cerceta no es mala. Pero su reino no es para cualquiera.

—Lo sé.

Pío se asomó al pozo. La oscuridad era densa y fría, como si hubiera tragado toda la luz del mundo. Un escalofrío le subió por las patas, le recorrió el espinazo y se le instaló justo detrás del pico.

Y entonces sintió miedo.

Miedo de verdad. Miedo de pato. De ese que no se quita con un chiste ni con una bebida caliente sabor cebolla. Miedo de no volver. Miedo de que el agua se lo tragara y ya está. Miedo de que la Madre Cerceta no fuera tan amable con un detective sarcástico que creía más en las pruebas que en las leyendas.

Sus patas temblaron.

—Jefe, ¿está bien? —preguntó Paco.

—No tengo miedo.

—¿Y por qué tiembla?

—Es una técnica de calentamiento. Muy profesional.

Abelardo se asomó también.

—El héroe detecta vacilación en el detective. Pero no se preocupe. El valor no es no tener miedo. Es bajar con miedo. Eso lo dice el Manual del Héroe Moderno, capítulo uno, página uno.

—Pensé que ese manual no existía.

—El héroe lo está escribiendo. Y este es el mejor capítulo.

Pío respiró hondo. Cerró los ojos. Y los abrió con la determinación de un pato que va a hacer lo que tiene que hacer.

—Vamos allá.

Se sentó en el brocal. Las patas le colgaban sobre el abismo.

—Paco, si no vuelvo...

—No diga eso, jefe.

—...quédate con mi sombrero. Es de buena marca.

—¡No pienso aceptar su sombrero! ¡Usted va a volver!

—Era broma, Paco. Pero gracias.

Y comenzó a descender.

Muy despacio.

Cada metro parecía más oscuro que el anterior.

—¿Todo bien? —gritó Paco desde arriba.

—Sí...

mintió Pío.

Bajó un poco más.

El frío aumentó.

La cuerda crujía.

Las piedras estaban resbalosas.

—No veo nada.

Solo agua.

Más agua.

Y...

esperen...

Creo que...

Se inclinó un poco más.

Estiró lentamente una ala hacia la superficie.

Solo quería comprobar la profundidad.

Nada más.

Entonces...

¡PLAF!

Algo salió disparado desde el agua.

Una mano.

Cubierta por un espeso alquitrán negro.

Sujetó con fuerza la de Pío.

El detective lanzó un grito que hizo salir volando a media bandada de patos del lago.

—¡¡¡AAHHHH!!!

—¿Qué pasó?! —gritó Paco.

—¡¡¡ALGO ME AGARRÓ!!!

Abelardo tiró inmediatamente de la cuerda.

—¡El héroe inicia el rescate de emergencia!

Pero la mano no soltaba.

Al contrario.

Tiraba hacia abajo.

Arriba, Paco sintió el tirón.

—¡JEFE! —gritó—. ¡TIRÓ DOS VECES!

—¡SÁCALO! —gritó Abelardo.

Y los dos, con todas sus fuerzas, empezaron a tirar.

—¡TIREN! —gritó Pío desde abajo, sintiendo que se le escapaba el alma.

La cuerda tensó.

—¡ZAS! ¡ZIS! ¡PLAS!

—¡TIREN MÁS! —gritó Abelardo—. ¡EL HÉROE ESTÁ DANDO TODO SU PODER HEROICO!

—¡PUES DÁMELO! —gritó Paco—. ¡QUE YO LE AUMENTO!

—¡TAAAN!

Plumita se sumó a la cadena. Sus pequeñas alas agarraron la cola de Abelardo, y sus plumas brillaron con más fuerza que nunca y de un tirón, la cuerda salió disparada. Pío y Renata, agarrados el uno al otro, salieron volando del pozo como un cohete de plumas.

—¡PLOF!

Cayeron sobre la nieve como dos sacos de patatas. Pío rodó. Renata se quedó quieta, cubierta de alquitrán, sollozando.

—¡Jefe! —gritó Paco, corriendo—. ¿Está bien?

Pío se levantó, tambaleándose. Tenía el plumaje revuelto y el pico tembloroso.

—Estoy... vivo —dijo—. Eso es lo que importa.

—¿Quién es ella? —preguntó Abelardo, señalando a la figura negra.

—Es Renata —dijo Pío—. Y nos va a contar todo.

Era Renata.

Su mamá corrió a abrazarla a quererla limpiar con su pico y su lengua, pero al terminar ella también se manchó de alquitrán.



Renata abrió el pico para protestar, pero lo cerró. Algo le había llegado más hondo que el pozo.

Pío se ajustó el sombrero y echó a andar hacia el pueblo.

—Vamos. Hay que contarle a Gerardo Ganso que hemos recuperado a la desaparecida. Y que la madre va a tener que responder por todo esto. Y que el pozo se queda vigilado de por vida. Y que la gaviota sigue suelta, pero esa es otra batalla.

En la cantina, Patricio Pato se levantó de su silla coja y estiró las alas con un crujido de plumas viejas.

—Y así, mis jóvenes amigos, el detective enfrentó su miedo, bajó al reino del reflejo y trajo de vuelta a la hija perdida. Pero la historia no terminaba ahí. Porque la madrastra esperaba su castigo... y la Madre Cerceta, desde su reino, debió de sonreír. Porque el reflejo siempre devuelve lo que recibe. Y ese día, el reflejo devolvió... la verdad.

—¿Y qué pasó con Ramona Real? —preguntó la ardilla nerviosa.

—Eso —dijo Patricio— lo contaré después de cenar. Que mi Cua-cuatoffelpuffer se está enfriando.

Los jóvenes patos y las ardillas mensajeras se quedaron en silencio, mirando la ventana empañada. Afuera, la lluvia seguía cayendo sobre el Lago Espejo. Y en el centro del lago, donde el agua era más quieta, algo parecía moverse.

Pero eso, claro, solo eran cosas de Patricio.

Capítulo 6

Lo que el agua devolvió

“El lago nunca miente. Pero a veces, el reflejo es el que elige qué mostrarte.” —Patricio Pato.

Patricio Pato levantó el ala y llamó al camarero con un gesto de quien ya ha terminado su cena pero no su historia.

—Camarero, tráigame la cuenta, que esto ya se está alargando como el pico de un cisne mentiroso.

Los jóvenes patos y las ardillas soltaron un gemido colectivo.

—¡No puede terminar aquí! —protestó la ardilla nerviosa—. ¡Aún no sabemos qué pasó con Ramona Real!

—Ni si Renata se limpió el alquitrán —añadió un pato joven.

—Ni si la gaviota volvió —dijo otro.

Patricio dejó el ala en el aire y sonrió con la paciencia de quien ha contado mil historias y sabe que la última parte es siempre la más esperada.

—Está bien, está bien. Pero que el camarero me deje la cuenta a la vista. Porque si me emociono contando, luego se me olvida pagar y ya saben lo que pasa.

—¿Qué pasa? —preguntó la ardilla.

—Que el camarero me persigue con un pretzel y no es bonito.

Entre risas de los presentes Patricio se acomodó en la silla, bebió el último sorbo de su bebida de agua de cebolla y continuó.

La comisaría del Lago Espejo estaba más llena que un nido de golondrinas en primavera. Gerardo Ganso, con su uniforme tan ajustado que parecía pintado, había reunido a todos en la sala principal: Ramona Real, con las alas atadas y el plumaje despeinado; Renata, sentada en una silla, todavía cubierta de alquitrán negro y maloliente; Plumita, con sus plumas brillando tenuemente; Pío, con la libreta abierta; Paco, con la linterna colgando y abrazado de su pala; y Abelardo, que no paraba de narrar sus propios movimientos en voz baja.

—El héroe se coloca en posición de observación estratégica —murmuraba—. Sus ojos de lince escudriñan el rostro de la acusada. Detecta culpa, arrepentimiento y... ¿hambre? El héroe cree que el detective Pío Pato no ha comido bien hoy.

Gerardo Ganso dio un golpe en la mesa.

—¡Orden! Vamos a tomar declaración a todos. Empezando por la desaparecida.

Señaló a Renata. La pata real de espejuelo azul, ahora cubierta de una capa de alquitrán negro que goteaba lentamente, levantó la cabeza. Tenía los ojos rojos de llorar.

—Yo... —empezó, y su voz se quebró—. Yo no sé por dónde empezar.

—Por el principio —dijo Pío—. ¿Qué pasó cuando caíste al pozo?

Renata respiró hondo. Y comenzó a hablar.

—Cuando caí, no caí al agua. Caí a un lugar que no era de este mundo. Un lago invertido. Las algas eran doradas y todo brillaba con una luz extraña. Tenía miedo. Mucho miedo. Pero también... también tenía hambre de algo. No de comida. De ser importante. De volver brillando como Plumita.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Paco.

—Caminé por un sendero de piedras tornasoladas. Llegué a un horno de barro. Dentro había un pan que me pidió que lo sacara antes de quemarse. Yo... yo me reí de él.

—¿Te reíste? —preguntó Pío.

—Le dije: "¿Ayudarte yo, y quemarme mis plumas? Ni loca". Y seguí caminando.

Un murmullo recorrió la sala. Abelardo dejó de narrar. Paco abrió la boca.

—¿Y el manzano? —preguntó Plumita en voz baja.

—El manzano... —Renata tragó saliva—. También me pidió ayuda. Las ramas se doblaban por el peso de las manzanas. Me pidió que lo sacudiera. Y yo le dije: "¿Manchar mi ropa yo? ¡Ni que fuera una patita cualquiera!".

—¿Y qué pasó entonces? —preguntó Pío.



—Llegué a una cabaña. Y allí estaba ella. La Madre Cerceta.

—¿Cómo era? —preguntó Abelardo, olvidando su silencio heroico.

—Vieja. Muy vieja. Pero sus ojos... sus ojos no eran viejos. Eran como los de alguien que lo ha visto todo y aún se sorprende. Me ofreció quedarme. Sacudir sus almohadones de plumón para que nevara sobre el mundo de arriba.

—¿Y aceptaste? —preguntó Paco.

—Acepté. Pero solo porque pensé que así conseguiría el brillo. Al primer almohadón, me quejé de dolor en las alas. Al segundo, fingí dormir. Al tercero, abandoné la tarea y me tumbé al sol, esperando mi recompensa sin hacer nada.

—¿Y qué pasó? —preguntó Pío.

—La Madre Cerceta me miró. Y me dijo algo que no he podido olvidar.

Renata levantó la mirada. Sus ojos brillaban con lágrimas que se mezclaban con el alquitrán.

—Me dijo: *"No se puede pedir brillo si no se está dispuesta a dar luz"*.

El silencio fue absoluto.

—Y entonces —continuó Renata, con la voz rota—, me llevó al arco de carrizos. Me dijo que cruzara. Yo pensé que iba a recibir el brillo. Pero lo que cayó sobre mí fue esto. Alquitrán negro, frío y pegajoso. Y entonces dijo: *"Por haber sido perezosa y egoísta, este es tu pago"*.

Renata se miró las alas negras.

—Me lo merecía.

Ramona Real, que había estado en silencio, rompió a llorar.

—¡Hija mía! ¡Perdóname! ¡Yo solo quería que fueras mejor! ¡Que no fueras tan...!

—¿Tan floja? —la interrumpió Renata—. ¿Tan inútil? ¿Tan menos que Plumita?

Ramona bajó la cabeza.

—No... no quería que fueras menos. Quería que fueras más. Pero no sabía cómo enseñarte. Y pensé que el pozo... que la Madre Cerceta... que si veías lo que era ser buena... cambiarías.

—Mamá —dijo Renata, y esta vez su voz no tembló—. No se cambia por miedo. Se cambia por amor. Y tú no me enseñaste amor. Me enseñaste a compararme.

Ramona sollozó.

—Lo sé. Y lo siento.

Gerardo Ganso se levantó.

—Esto es muy bonito, pero tenemos una ley que cumplir. Ramona Real, usted está arrestada por intento de homicidio y encubrimiento. Por empujar a su hija al pozo y por ocultar a Plumita.

Los gansos del cuerpo policial se acercaron. Ramona no opuso resistencia. Se levantó, con las alas atadas, y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Un momento.

Todos se giraron.

Era Plumita. La patita colorada, la hijastra, la que había sido invisible durante tanto tiempo, dio un paso adelante. Sus plumas brillaban con fuerza, pero su mirada era firme.

—No se la lleven —dijo.

—¿Perdón? —preguntó Gerardo.

—No se la lleven —repitió Plumita—. No es mala madre, está equivocada. Que no es lo mismo.

—Plumita... —Ramona la miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo ya sé lo que es perder a alguien. Usted perdió a su esposo. Yo perdí a mi padre. Y Renata... Renata se perdió a sí misma. Pero ninguna de nosotras quiere perder la familia que tenemos.

Plumita miró a Ramona. Y por primera vez, en sus ojos no había miedo. Había algo más grande.

—En estos días aprendí que el brillo no se encuentra. Se gana. Aprendí que el trabajo no es castigo. Es ofrenda. Aprendí que la Madre Cerceta no castiga por maldad. Castiga por indiferencia. Y mi madrastra no fue indiferente. Fue tonta. Hay diferencia.

Pío la miró fijo.

—¿Y eso la salva?

—No la salva —respondió Plumita—. Pero el castigo no debería ser la cárcel.

Pío cerró los ojos. Luego los abrió.

—Plumita tiene razón —dijo—. Llevarla presa no va a cambiar nada. Pero dejarla libre sin consecuencias tampoco.

—¿Qué sugieres, detective? —preguntó Gerardo.

Pío miró a Ramona.

—Señora Real. Usted va a pasar los siguientes seis meses trabajando en el refugio de patos ancianos de la orilla norte. Va a limpiar, a hornear y a escuchar las historias de los que ya no tienen a nadie que los escuche. Y cuando termine, va a pedir perdón a su hija y a su hijastra. Y si ellas no lo aceptan, va a pedir perdón todos los días hasta que lo hagan.

Ramona asintió con lágrimas.

—Lo haré. Lo haré todo.

—Y usted —Pío señaló a Renata—. Va a ayudar a Plumita en sus tareas durante todo el invierno. Sin quejarse. Sin fingir. Sin dormir al sol.

Renata asintió.

—Lo haré —dijo—. Y no solo por el castigo. Lo haré porque quiero ser mejor. Porque quiero... quiero merecer el brillo algún día.

Plumita se acercó a ella. Le pasó el ala por el hombro, sin importarle el alquitrán.

—El brillo no se merece —dijo—. Se construye. Y hoy, has empezado a construir.

Renata la abrazó. Las dos patas, una brillante y una negra, se fundieron en un abrazo que ni el alquitrán pudo manchar.

Patricio Pato hizo una pausa. La cantina estaba en completo silencio. Hasta el camarero, que fingía roncar detrás de la barra, había abierto un ojo.

—¿Y? —preguntó la ardilla nerviosa—. ¿Vivieron felices para siempre?

—Sí —respondió Patricio—. Ramona trabajó tanto que agarró cariño al refugio y sembró un lindo ejemplo para sus dos hijas. Renata, con el tiempo, fue limpiándose.

No todo el alquitrán se fue. Pero aprendió a vivir con lo que quedó. Como un recordatorio.

Patricio levantó la cuenta que el camarero había dejado sobre la mesa. La miró. Sonrió.

—Y ahora, jóvenes amigos, esta historia ha terminado.

Dejó las monedas sobre la mesa. Se levantó de su silla coja. Se puso la bufanda.

Los jóvenes lo miraron con tristeza.

—¿No va a contar otra historia? —preguntó un patito.

—Otra historia, sí. Pero otra noche. Ahora, tengo que irme. El lago me espera.

—¿El lago?

Patricio sonrió con picardía.

—El lago siempre espera —dijo Patricio, guiñando un ojo—. Y los reflejos, también.

Salió de la Cantina del Transportista. La noche estaba fría, pero el cielo estaba despejado. Sobre el Lago Espejo, la luna se reflejaba en el agua tranquila.

Entonces, desde algún lugar entre los juncos, volvió a escucharse una risa conocida, que le hizo recordar que las mejores historias nunca terminan del todo.

—¡Ji... ji... ji...!

FIN